

## JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN EN SAN SADURNIÑO



A finais de xuño de 1889 o xove poeta salmantino José María Gabriel y Galán decide acompañar aos seus compañeiros de estudos, Casto Blanco Cabeza e Julio Veiga (fillo de Pastor Veiga) a coñecer Galicia. O propio Casto Blanco, futuro pedagogo, deu conta da peripecia do famoso poeta polas terras de San Sadurniño, onde creará un dos seus primeiros poemas:

“A doce kilómetros del Ferrol está San Saturnino, donde Don Alberto, padre de Casto Blanco Cabeza, ejercía su profesión de maestro nacional y allí llegaron a descansar los dos amigos. Antonio llegó a los pocos días, para pasar con Casto el día del santo, 1 de Julio; pero también para las fiestas de la Visitación de Nuestra Señora, el 2 de Julio, conocida allí como Santa Isabel, patrona del lugar. A las fiestas acudieron también muchas jóvenes ferrolanas, incluidas las novias de

Antonio y Casto. Todas reían las continuas ocurrencias de Galán y lo calificaban de “muy burlón”....

Hicieron una excursión a caballo para visitar los arsenales ferrolanos, que estaban en continua construcción naval y ya en la fase de los buques de acero. Se botó el cañonero “Mac Mahón” y estaba en gradas el crucero protegido “Alfonso XII”. También a caballo, se acercaron a los castillos ruinosos de Narahío y Moeche, aureolado éste por la trágica leyenda de Vasco, el joven trovador muerto por el padre de su amada.

Oyeron buena música en el palacio de los marqueses de San Saturnino y duques de la Conquista, título éste del Reino de Nápoles. Tras el palacio se veía un robledal que ya Madoz señalaba entre las alamedas más frondosas y en ella se adentraba un camino pulcro, que siempre se me antojaba recién barrido y por el que gustaba pasear en coche la marquesa, doña Natividad Quindós de Villarroel, Camarera Mayor de la Reina María Cristina, y madrina de pila de Alfonso XIII, que se aposentó en este palacio alguna vez.

El camino llevaba a un recodo del río Jubia en su recorrido de veintitrés kilómetros, el rincón conocido como el “Pozo de los donceles”. Allí recitaba e improvisaba Gabriel y Galán y cuando más emocionados tenía a los amigos, quebraba el trance con un ¡Ay!, ¡Ay!, ¡Ay! grotesco. Casto afirma: Tenía entonces Galán dieciocho años y fue allí donde se revelaron sus excepcionales dotes de artista. Allí, bajo la tupida bóveda de aquel bosque inmenso de seculares robles... fue donde se abrieron de par en par los pétalos de la flor de su inspiración”. Allí compuso las dos primeras partes del poema “*Mañanas y tardes*” y la balada “*Fuente vaquera*”. El recuerdo de la estancia de Galán en San Saturnino motivó que, hace años, se propusiera dar su nombre a una escuela hogar recién dotada”.

**Fonte:** Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura. José María Basanta Barro: Gabriel y Galán en Galicia

## LA FUENTE VAQUERA (BALADA)

San Saturnino, julio de 1889

Lejos, bastante lejos,  
del pueblo mío,  
encerrado en un monte  
triste y sombrío,  
hay un valle tan lindo  
que no hay quien halle  
un valle tan ameno  
como aquel valle.

Entre sus arboledas,  
por la espesura  
solitaria y tranquila,  
corre y murmura  
una fuente tranquilina  
y bullanguera,  
a que dieron por nombre  
Fuente Vaquera.

Está tan escondida  
bajo el follaje,  
guarda tanto sus aguas  
entre el ramaje,  
que cuando por el valle  
va murmurando  
toda clase de hierbas  
va salpicando.

Unas veces sonrío  
dulce y sonora,  
y otras veces parece  
que gime y llora,  
y siempre de sus aguas  
el dulce juego  
arrullando, produce  
grato sosiego.

Allí pasan las horas  
en dulce calma,  
allí meditar puede  
tranquila el alma,  
y todo son consuelos  
para el que llora  
al pie de aquella fuente  
fresca y sonora.

¡Todo es allí sosiego,  
calma, tristeza!  
Las auras, que suspiran  
en la maleza...  
Los pájaros, que cantan  
en la espesura...  
El agua, que en el valle  
corre y murmura...

Los arrullos del viento,  
gratos y mansos...  
Los juncos que vegetan,  
en los remansos...  
Los claros resplandores  
del sol naciente,  
que asoma entre vapores  
por el Oriente...  
Las tórtolas que arrullan  
con armonía,  
convidando a una dulce  
melancolía...

¡Todo, en fin, allí aleja  
presentimientos,  
trayendo a la memoria  
mil pensamientos,  
y adormeciendo el alma  
con impresiones  
que convidan a dulces  
meditaciones!...

Tal es Fuente Vaquera,  
la hermosa fuente  
que murmura en el valle  
tan sonriente,  
que en su margen tranquila  
cantan amores  
tórtolas, colorines  
y ruiseñores.

Una hermosa mañana  
de junio ardiente  
salió el sol como nunca  
de refulgente,

y pájaros y flores  
con alegría  
la bienvenida daban  
al nuevo día.

Elevábase el astro  
con gran sosiego,  
esparciendo sus rayos  
de luz de fuego  
sobre el fresco rocío  
de la mañana,  
que formaba en los valles  
mantos de grana.

Sacuden las ovejas  
sus cencerillos,  
y en el prado retozan  
los corderillos,  
que del rústico valle  
sobre la hierba  
forman jugueteando  
linda caterva.

Al cielo sube el humo  
de los hogares,  
los gallos ya despiertan  
con sus cantares,  
y sacude la hermosa  
Naturaleza  
el tranquilo letargo  
de su pereza.

\* \* \*

Dejé el mullido lecho  
con alegría,  
cuando apenas rayaba  
la luz del día;  
cargueme diligente  
con la escopeta,  
y como siempre ha sido  
medio poeta,

al nacer del gran Febo  
la luz primera,  
ya estaba yo en la hermosa  
Fuente Vaquera...  
Fuente en cuyas orillas  
cantan amores

tórtolas, colorines  
y ruiseñores.

Oculteme en la margen  
con el follaje,  
y viendo las delicias  
de aquel paisaje,  
esperé silencioso  
bajo la fronda,  
viendo correr las aguas  
onda tras onda...

\* \* \*

Siguió el sol elevándose  
resplandeciente,  
y era ya tan molesta  
su luz ardiente,  
que, a medida que el astro  
más se elevaba,  
todo se iba durmiendo,  
todo callaba.

Se inclinan en su tallo  
todas las flores,  
rendidas por los rayos  
abrasadores,  
y las aves se esconden  
en las encinas  
que a la tranquila fuente  
crecen vecinas.

Sólo se escucha a veces,  
del fresco viento,  
las ráfagas que lanza,  
sonoro y lento...  
El agua, que su curso  
nunca suspende...  
El rumor de una hoja...  
que se desprende...

El piar apagado  
de alguna alondra,  
que entre las verdes matas  
busca una sombra...,  
y los ecos lejanos  
de los zumbidos  
de insectos, que en los aires  
vagan perdidos...

Lejos de la apacible  
Fuente Vaquera,  
que corre por el valle  
tan placentera,  
existe un solitario  
y oscuro monte,  
que encierra los confines  
del horizonte.

Al compás de las auras,  
lenta se inclina  
altiva, corpulenta  
y añosa encina,  
y entre sus verdes ramas  
aprisionado  
tiene una tortolilla  
su nido amado.

En él está arrullando,  
dulce y sonora,  
a los amantes hijos  
a quien adora,  
gozando en su coloquio  
de las delicias  
que sus hijos le endulzan  
con sus caricias.

El calor la atormenta,  
la sed la abrasa,  
y dejando con pena  
su pobre casa,  
les dio con un arrullo  
la despedida  
a los hijos queridos  
que eran su vida;

batió sus puras alas  
tendió su vuelo  
cruzó por los espacios  
del ancho cielo,  
y pensando en sus hijos,  
se fue ligera  
a beber a la clara  
Fuente Vaquera.

¡Ay! ¡Dónde irá esa madre  
tierna y sencilla!...  
¡Dónde irá tan ligera  
la tortolilla,  
mirando a todas partes,

amedrentada,  
al verse sola y lejos  
de su morada!...

¿Por qué deja sus hijos  
abandonados,  
y ella, cruzando espacios  
tan dilatados,  
va surcando los aires  
rápidamente  
a beber en las aguas  
de aquella fuente?...

¡Pobre madre, si, ansiosa,  
vuelve a su nido  
y sus amantes hijos  
ya se han perdido!...  
¡Pobres hijos, si, a causa  
de abandonarlos,  
no volviera su madre  
nunca a arrullarlos!...

Por el verde follaje  
casi cubierto,  
yo, casi más que un vivo,  
parezco un muerto,  
y mudo y silencioso  
presto mi oído  
al eco que produce  
cualquiera ruido.

Al columpiar las hojas  
el viento blando,  
pájaros me parecen  
que van volando,  
y con mi diestra mano  
nerviosa, inquieta,  
alzo la curva llave  
de la escopeta.

Sobre la verde copa  
de vieja encina,  
que cubre aquella fuente  
tan cristalina,  
una tórtola hermosa  
paró su vuelo,  
mirando la corriente  
del arroyuelo.

Lanza su blando pecho  
tiernos arrullos,  
que no imita la fuente  
con sus murmullos,  
y a los lados humilde  
mira asustada,  
débil, inquieta, esquiva  
y amedrentada.

Tendió después su vuelo  
pausadamente,  
y al llegar a la orilla  
de la corriente,  
sobre la verde alfombra  
lenta se posa,  
débil y acobardada,  
triste y medrosa.

Dirige luego el paso  
tímidamente  
hasta tocar la margen  
de la corriente,  
donde, el agua fingiendo  
cuadros de plata,  
le recoge su imagen  
y la retrata.

Yo, silencioso, en tanto  
que la espiaba,  
mi artística escopeta  
ya preparaba,  
y ocasión esperando,  
cual diestro espía,  
afiné cuanto quise  
la puntería.  
Disparé... ¡Sonó el tiro  
ronco, tremendo!...  
El arroyuelo manso  
siguió corriendo.  
El viento entre las hojas  
siguió sonando  
con un eco apacible,  
sonoro y blando...  
¡Y vi la tortolilla,  
que ya sufría  
las tristes convulsiones  
de la agonía!...

Cogí tan apreciado  
tierno despojo;

su hermoso pecho estaba  
de sangre rojo,  
rojas las aguas puras  
del arroyuelo,  
que corrían llorando  
con triste duelo,  
y mis ardientes manos  
también manchadas  
de sangre, enrojecidas  
y salpicadas.

Con ellas oprimía  
su pecho blando:  
sus latidos se iban  
amortiguando,  
y cerraba sus ojos  
pausadamente,  
su cabeza inclinando  
lánguidamente...

Yo vi en sus turbios ojos  
el sentimiento  
y las fieras angustias  
de su tormento,  
porque del nido lejos  
agonizaba  
y a sus pobres hijuelos  
solos dejaba.

Conocí en sus miradas  
bien claramente  
esa inquieta agonía  
del inocente,  
que sufre los rigores  
de su destino  
muriendo por las manos  
de un asesino.

Aquella pobre madre  
casi expirante  
era la madre tierna,  
la madre amante,  
que a sus hijos no pudo  
darles en vida  
una lágrima dulce  
de despedida.

Y aquella tierna madre,  
cuando sufría  
la convulsión postrera

de la agonía,  
me dijo con sus ojos  
casi nublados  
que dejaba dos hijos  
abandonados.

Yo comprendí lo injusto  
de aquella muerte;  
mas la víctima estaba  
fría e inerte...  
y una lágrima amarga  
por mi mejilla  
rodó, cuando vi muerta  
la tortolilla.

Desde entonces no quiero  
que un inocente  
de alguna injusta muerte  
se me lamente,

y diga con sus ojos  
casi nublados  
que deja sus hijuelos  
abandonados.

Y en vez de estar cazando  
la tarde entera  
junto a la cristalina  
Fuente Vaquera,  
voy a ver cómo en ella  
cantan amores  
tórtolas, colorines  
y ruiseñores,  
y cómo de aquel monte  
sobre las lomas  
arrullan solitarias  
blancas palomas.

**San Saturnino, julio de 1889**

*José M. Gabriel  
y Galán.*

